

Mujeres de clase media-alta y reproducción social de la clase. Consenso y conflicto

ORTEGA, Julián / UBACYT - julianortega.ar@gmail.com

MARENTES, Maximiliano / CONICET/IIGG-UBA/IDAES-UNSAM - maximiliano.marentes@hotmail.com

Eje: Las tareas domésticas revisitadas: mantenimiento y reproducción de la vida social

» *Palabras claves: mujer – clase social – familia*

» **Resumen**

Al hablar de mujeres y reproducción social, el énfasis suele colocarse en las actividades domésticas, entre las que se encuentran aquellas de cuidado; actividades que recaen mayoritariamente en las mujeres. Proponemos extender el concepto para aludir a otro fenómeno menos problematizado de manera directa: la reproducción social de la clase.

En los análisis de la reproducción social, la familia es conceptualizada desde dos vertientes. La primera la toma como una unidad corporativa, en la cual los miembros del hogar actúan conjuntamente hacia un objetivo común. La segunda, focalizando las desigualdades de género, observa que los individuos que la integran tienen intereses particulares que colisionan entre sí. Puede entenderse estas perspectivas a partir de dos nociones de poder: poder con y poder sobre. Mientras la primera visión ocluye los conflictos que pueden existir al interior de los hogares, la segunda subestima los objetivos compartidos por los miembros.

Esta ponencia es el resultado de un trabajo de campo cualitativo sobre mujeres de clase media alta del Área Metropolitana de Buenos Aires. Pretendemos ilustrar la pertinencia y complementariedad de los dos enfoques antes mencionados para analizar el papel de estas mujeres al interior de las familias con relación a la reproducción social, a partir de sus propias prácticas. El trabajo de campo consistió en entrevistar en profundidad a nueve mujeres de dicho estrato socioeconómico. El potencial de un enfoque cualitativo radica en complejizar las dinámicas de estratificación social, en las que ciertas decisiones distan de ser lugares no disputados.

Adelantando los resultados, observamos que estas mujeres cuentan con gran participación en las decisiones concernientes a la reproducción social a pesar de persistir el ideal de varón jefe de hogar, reforzado por las prácticas domésticas cotidianas. Señalamos la permanente tensión entre consenso y conflicto en lo referido a la reproducción de la clase social, en la que tanto los cónyuges como los hijos actúan tanto como “aliados” y como “rivales”.

» **Introducción: familia y reproducción social**

Cuando se analiza la reproducción social de la clase, la familia puede ser tomada o como unidad corporativa o como un espacio de individualidades. Sobre la primera forma, Bourdieu (2011) sostiene que hay mecanismos afectivos fomentan la fusión entre los miembros en detrimento de la fisión. Autoras feministas adoptan la visión contraria: que los individuos que integran la familia tienen intereses particulares (Benería y Roldán, 1992).

Tomadas separadamente, estas conceptualizaciones presentan limitaciones: mientras la primera visión ocluye los conflictos que pueden existir en el interior de los hogares, la segunda subestima los objetivos compartidos por los miembros. En el presente trabajo, a partir de datos

cuantitativos sobre mujeres de clase media-alta, ilustramos la pertinencia de tomar ambos momentos como polos de un movimiento al que se enfrentan las familias cotidianamente.

El trabajo de campo consistió en entrevistar a nueve mujeres del AMBA con un nivel educativo alto, de entre 30 treinta y 54, casadas o unidas y con al menos un hijo de hasta 12 años. Las entrevistas se llevaron a cabo entre julio de 2012 y abril de 2013. Todas habían trabajado fuera de su hogar, y tres al momento del encuentro no lo estaban haciendo. De acuerdo con Beccaria (2002) y Benza y Heredia (2012), apelamos a la educación superior completa –terciaria y/o universitaria– como un indicador de clase media-alta.

› **Precisiones conceptuales**

De acuerdo con Jelin (2010), las mujeres en los hogares tienen un rol importante en la reproducción social. En este trabajo nos centramos específicamente en lo referido a la clase social. Por ello, la unidad de análisis radica en los procesos de tomas de decisiones que afectan el futuro socio-económico de la familia.

Siguiendo a Collins (2005), ensayamos un análisis situacional de la estratificación social, ya que las clases sociales son puestas en acto en situaciones puntuales¹. El eje fue puesto mayormente en ejemplos concretos y anécdotas en que esas decisiones fueron tomadas. La clase se pone en acto en muchos aspectos, por lo que aquí nos concentramos principalmente en lo concerniente a la escolarización de los hijos, el lugar de residencia, la adquisición de bienes muebles e inmuebles, los momentos de ocio y distensión y los grupos y espacios de socialización.

Con relación a cómo se entiende a la familia, recuperamos como clave analítica la distinción de Mosedale (2005) sobre dos formas diferentes que adquiere el poder. La primera de ellas está ligada al poder con. Por él, la autora entiende una acción colectiva, reconociendo que los logros pueden ser mayores si el grupo actúa conjuntamente. Los aliados son centrales para concretar objetivos en común bajo un lazo de solidaridad en el que lo colectivo tiene prioridad. Cercana al consenso, la imagen de aliados deja ver a la familia como una unidad corporativa, en la que los miembros tiran para el mismo lado. Una vasta tradición de estudios apunta a dinámicas domésticas centrándose en las formas intrafamiliares que posibilitan conciliar el trabajo productivo con el reproductivo (Bowman, 2007; Hochschild, 1990; López et al., 2011; López y Findling, 2012; Wainerman, 2000; 2005). El foco de estos estudios suele estar puesto en cómo actúan los individuos conjuntamente –o en relaciones de poder con– sobre aspectos que refieren a la reproducción cotidiana y a actividades de cuidado que a la reproducción social de la clase estrictamente.

La segunda forma tiene que ver con la noción de poder sobre, definición tradicional en ciencias sociales, que hace referencia a un juego de suma cero. Mosedale (2005) reconoce que prima este tipo de poder cuando aparece el conflicto, incluso si se actúa en pos de evitarlo. El poder sobre está relacionado con un esquema de familia compuesto de individuos con intereses particulares que colisionan entre sí. Tradicionalmente, son los cónyuges varones los que condicionan el desarrollo individual de las mujeres, y en menor medida los hijos. En esa clave es notable la sobrecarga de trabajo que recae en la mujer, sobre quien, en caso de realizar un trabajo extradoméstico, se deposita el peso de la doble jornada (Benería y Roldán, 1987; Lehner, 2012; Hochschild, 1990; Wainerman, 2005). La unidad familiar sería un conjunto de individuos con intereses particulares que pueden ser contrapuestos.

¹ Para análisis macro de estratificación social en Argentina, véase por ejemplo Germani (1955/1987), Torrado (1992), Jorrot (2000), Gómez Rojas (2007), Dalle (2010), entre otros.

Estas dos formas de entender la familia se relacionan con cuestiones analíticas más que con cómo funcionan concretamente en su cotidianeidad. No obstante, la validez del esquema radica en indicar si hay un movimiento corporativo entre aliados o si, en cambio, los rivales intentan imponer sus decisiones en la reproducción social de la clase. En momentos prima un modelo mientras que en otros su opuesto, incluso en las mismas familias. La diferencia no radica ni en la naturaleza de las decisiones, ni en la condición de actividad de cada cónyuge, sino de la situación de interacción puntual que se inserta en una cadena mayor de interacciones (Collins, 2005). Empecemos por el consenso.

› Tirando para el mismo lado: *consenso de clase*

Hay espacios en los que se verifica que el aporte de los cónyuges es indispensable para la reproducción social de la familia sin condicionar las aspiraciones individuales, como que ambos cónyuges aporten al sostenimiento del hogar. Que la mujer trabaje descansa no en la necesidad económica, sino en una forma de vida. Moriana² es tajante: nunca había dejado de trabajar porque estaban arreglando la casa. Esta administradora de empresas de 32 años, madre de 2 hijos (de 3 y 1 año), explica que sólo con el salario de su marido, un ingeniero industrial gerente de planta en una multinacional, nunca tendrían el nivel de vida que pretenden, que incluye el colegio bilingüe adonde irán sus hijos. El trabajo extradoméstico significa que se sienta ocupada y explotando su potencial, y es una forma de conseguir sus objetivos, como vivir en una casa en un barrio privado y no en un departamento. Su trabajo como jefa administrativa en la empresa de camiones del padre es una forma de aportar económicamente al objetivo que comparten como familia.

A diferencia de sus madres –quienes en caso de trabajar tenían un salario colaborativo con la economía familiar y eran vistas como una fuerza de trabajo secundaria (Ábramo, 2004) para la familia de origen–, el aporte de estas mujeres al sostenimiento del hogar es indispensable para mantener el estilo de vida que pretenden. Esto se traduce en la toma de decisiones económicas fundamentales. Diomira, abogada de 54 años, cuando se compara con su madre –quien prácticamente no decidía nada–, se siente que desempeña un papel mucho más activo en las decisiones económicas. Ella y su marido, quien le da el nombre al estudio de abogados de ambos, conversan y deciden juntos.

Pensarse como aliados aparece cuando las familias encaran gastos importantes, sea que beneficie al colectivo como a uno de los miembros. Olinda, ex maestra jardinera de 44 años y madre de 4 hijos, en su casa de Beccar (GBA) cuenta que con su marido siempre conversan sobre los gastos grandes. El año anterior a nuestro encuentro, ella había viajado a Nueva York con 2 de sus hijas adolescentes. La decisión del viaje fue tomada de manera conjunta al igual que cuando su marido y el mayor de los hijos fueron al mundial de rugby a Nueva Zelanda. Desde allí a veces la llamaba a Olinda para consultarle qué le parecía que fueran a tal o cual lado. No es ni uno ni otro. Siempre lo charlamos, pero no es tampoco consulta, es como charla, nos explica Olinda en el living de una casa que está siendo refaccionada –refacción que fue muy conversada.

La decisión por cambiar el auto puede ser consultada. Fedora, técnica en marketing y ex empleada de ventas de posgrado en una universidad privada y, decidió mantenerse inactiva por unos meses. Por estar embarazada, luego de ser despedida, optó por terminar la licenciatura en administración de empresas. El auto familiar fue adquirido con el ahorro de ambos. Lo mismo que

² Para conservar la anonimidad de nuestras entrevistadas, sus nombres fueron cambiados. Se usan nombres de fantasía, extraídos de *Le città invisibili*, de Italo Calvino.

otros bienes como electrodomésticos o la bicicleta de su cónyuge. Él suele consultarlo con ella, para ver qué opina Fedora, ya que, según ella, él suele tener ideas un poco disparatadas.

Como la pertenencia a la clase social se afianza en la escuela, elegir un colegio para los hijos no es algo sencillo. Una Sofronia de 36 años, socióloga devenida en gerenta de ventas de una pequeña empresa nacional, explica que en la elección del colegio al que asisten sus 2 hijos en edad escolar³ se tomaron muchas variables: distancia, presupuesto, nivel de inglés –condición de ambos padres que aprendieran ese idioma desde pequeños– y el tamaño de la institución que da sensación de familiaridad. En la elección del colegio fue decisiva la entrevista con los directivos, a la que asistieron tanto Sofronia como su marido.

La clase social también se pone en acto en la zona de residencia. La decisión por dónde vivir nuevamente se relaciona con otras variables, dinero disponible, distancia respecto del colegio de los hijos, del trabajo o de otros familiares y el nivel de seguridad del barrio. Valdrada, una licenciada en turismo de 42 años dueña de su propia agencia de viajes, nos cuenta que eligieron un barrio cerrado en la zona de Canning (GBA) por diferentes motivos: seguridad, rápido acceso a su oficina que brinda la autopista, costo de la vivienda. También les gustó que tuviera laguna, ya que ellos querían hacer deportes náuticos.

¿A qué se debe el consenso en las decisiones? La idea de aliados descansa en la existencia de un acuerdo sobre objetivos familiares comunes, como aquellos relativos a los valores a transmitir a los hijos. Tanto explícita como implícitamente, este consenso se va construyendo durante el vínculo de pareja. Aglaura, una psicóloga de 42 años, y su cónyuge, otro psicólogo con quien tienen 2 hijos, comparten una filosofía de vida que se refleja en cómo criarlos. Aunque no todo deba ser verbalizado, a veces se debe llegar a un acuerdo en temas puntuales: como qué hacer cuando los niños preguntan por la existencia de Dios.

Los objetivos comunes se reactualizan, se reevalúan en situación y aparecen por contraste. Estas mujeres y sus cónyuges suelen priorizar un estilo de vida de una carrera in crescendo: estar siempre mejor económicamente, por lo que ambos trabajan la mayor cantidad de horas posibles. Moriana apela a la trayectoria de su padre para evaluar su propia curva de crecimiento: si no sigue la misma dirección, se siente estancada. Se compara con su padre más que con su madre ya que ella fue un ama de casa. Moriana se da cuenta de que a medida que sus hijos crecen en edad, los gastos se incrementan. Para seguir manteniendo el ritmo y estilo de vida de crecimiento económico es necesario hacer cada vez más cosas. Su marido, quien trabaja cada vez más horas desde que ascendió a gerente, también se preocupa si no llegan a ahorrar tanto como el mes anterior.

Claridad en el proyecto compartido facilita a que la familia se acomode ante coyunturas económicas, recalculando el trayecto económico sin que peligre el estilo de vida. Inserciones laborales mejores a las de sus padres –a partir de quienes evalúan sus propias trayectorias– y un escenario económico estable en los últimos años favorecieron a que estas mujeres realicen y planifiquen su presupuesto para canalizar sus recursos hacia los objetivos deseados. El marido de Sofronia fue desvinculado de la empresa en la que trabajó 12 años. Este contador con un MBA, cuando luego de su traslado a Chile pide volver a Argentina, le informaron que no sería posible, por lo pactó con la empresa un acuerdo económico por su desvinculación. Si bien fueron meses de acomodarse, no fueron críticos: ellos siempre fueron ordenados con sus ingresos. A principio de mes realizan el presupuesto con que cuentan, cuáles son los gastos y qué hay que achicar. Ser metódicos en sus gastos se ve facilitada por una sinergia de factores. Primero, su situación laboral actual, en empleos formales de altos ingresos, les garantiza un gran conocimiento sobre sus ingresos. Segundo, ponen en ejercicio capitales culturales internalizados que aprendieron en su formación educativa. Tercero, es la traducción de una gramática laboral al plano familiar que

³ La hija más pequeña de Sofronia, de 2 años al momento de la entrevista, todavía no asistía al colegio.

muestra que las fronteras entre ambos espacios es más difusa de lo que la modernidad (Hochschild, 2001), cuando en la organización de actividades familiares apelan a un modelo de planificación de tareas de lógica empresarial.

La fusión también aparece en actividades de ocio y recreación, donde se ve la clase social en situación, si se piensa a dichas actividades a partir del principio de pérdida de los gastos improductivos (Bataille, 1987). Valdrada, su cónyuge y su hijo encuentran placer en actividades ligadas al auto antiguo de su cónyuge, ex miembro del Club Gordini. Entre las actividades de fines de semana en dicho club se incluyen travesías a distintos lugares, que los tres disfrutaban mucho. Como la fusión incluye muchos miembros, se distinguen actividades de esparcimiento con los hijos de otras exclusivas de la pareja. Sofronia reconoce el placer de ir a explorar la naturaleza con sus hijos, que se maravillan con sus diferentes aspectos. También nos cuenta de sus últimas vacaciones que hicieron solos con su marido a Nueva York: ahí disfrutaron de ir a comer a cualquier lado sin depender de los niños. Es decir, dos escenarios de placer diferentes.

En este apartado apuntamos a las decisiones que se toman conjuntamente. Para que esto suceda debe existir un consenso compartido sobre objetivos familiares comunes. Pero, como vemos en los siguientes apartados, a veces la fisión desplaza a la fusión, y esos objetivos son puestos entre paréntesis, por lo que unas voces se enfrentan a las otras a la hora de tomar decisiones.

› **Alguien tiene que ceder: decisiones de unas u otros**

Cuando en la toma de decisiones la *fusión* y el consenso son desplazadas por los intereses individuales, la familia queda librada a una suerte de contienda entre particularidades. Allí aparece la *fisión*, en la que impera el conflicto.

Un indicador de la reproducción de la clase social es el grupo de socialización familiar, es decir, los amigos. Ante la situación de los *matrimonios amigos* suelen ser las mujeres quienes se suman y adaptan al círculo de amigos de los cónyuges varones. Una Eufemia de treinta y ocho años explica que ella se sumó al grupo de amigos de su marido. Con ellos se encuentran los domingos en el Jockey Club y mientras los niños juegan, los grandes charlan. Ellos son amigos porque fueron juntos al Colegio San Andrés, al que fue el marido de Eufemia. Lo contrario, o sea, que los cónyuges varones se amalgamen al grupo de amigos de ellas, no ocurre.

Cuando la decisión por la zona de residencia se toma de manera individual, es la postura del marido la que prevalece. Ellos delimitan por qué zonas buscar casa. La voz del varón en la decisión sobre la residencia se relaciona con el mayor aporte que ellos hacen para el sostenimiento del hogar: muchas veces son quienes más ingresos perciben por sus trabajos y quienes más aportan al presupuesto familiar.

Muchas situaciones son marcadas por la persistencia del modelo de *varón proveedor*, incluso cuando los dos cónyuges realizan trabajo extradoméstico. Aquél modelo, que alcanzó su punto máximo con la consolidación de los estados de Bienestar, consiste en que recaiga en el varón el peso del sustento económico. Esto lleva a que en cuestiones ligadas a la planificación del presupuesto familiar, sean ellos más propensos a ahorrar y se encarguen de decidir sobre gastos muy importantes.

Ahora bien, hay veces que la puesta en acto de aquél modelo genera tensiones y conflictos en la pareja. Sofronia le tuvo que decir a su marido *Basta, disfrutemos un poco*. Él siempre estaba preocupado en qué invertir, en ahorrar y en cómo vencer a la inflación. Ella lo obligó a que disfrutaran de algo y se fueron de vacaciones dos semanas.

Los varones no son solamente quienes toman decisiones de manera individual. Los primeros meses luego de su desvinculación, Fedora se quedó en la casa atendiendo a su hija. Cuando comenzaba el segundo semestre del año, en agosto, ella decidió que retomaría los estudios, incluso a pesar del descontento de su cónyuge. El contar con ahorros propios y con un préstamo de su padre le permitió seguir adelante con su decisión. Su cónyuge, en esos pocos meses en que Fedora fue solamente ama de casa, se acostumbró a ese lugar para ella. Un punto de desacuerdo en torno a esto es que mientras para él es un gasto, para Fedora representa una inversión.

Con respecto a las cuestiones ligadas al colegio de los hijos, siguen siendo las mujeres quienes se encargan principalmente de ello, estando presentes en todas las actividades referidas a la vida escolar de los niños. Frecuentemente los maridos se desligan de muchas de las responsabilidades del ámbito escolar. Sin embargo, a veces los varones participan en cierta medida en la decisión acerca del tipo de colegios al que deberían enviar a sus hijos. Diomira contaba con relativa libertad a la hora de elegir la escuela a la que iría su hija. Ella pensó en aquellos *grandes colegios de comunidades*, en donde los niños pueden ser bilingües en idiomas como italiano, francés o alemán. No obstante, su marido no quería cualquier tipo de bilingüismo, sino en inglés. En base a esa condición ella eligió el colegio de su hija.

Otras veces, las familias eligen enviar a sus hijos al mismo colegio al que fue el padre, incluso cuando la otra opción es el colegio al que fue la madre. Son a esos colegios adonde también van los hijos de sus matrimonios amigos, o hijos de los amigos del varón. Los hijos de Eufemia irán al colegio San Andrés, el mismo en el que su padre hizo todo su paso por su escolarización: desde jardín hasta su posgrado en administración de empresas. La otra opción que contemplaron fue el Northlands, otro colegio tradicionalmente de elite adonde fue ella, pero que no siempre fue mixto, entonces ahí no había una *historia del rugby y del fútbol*.

Lo que subyace en las palabras de Eufemia, ese 31 de octubre en que la entrevistamos y sus hijos jugaban a *Halloween*⁴, es la importancia del colegio como ámbito en el cual se reproduce la clase social. Ciertos colegios de *élite*, como el caso del San Andrés, son vistos como tradicionales de las clases altas (Heredia, 2013). Todas las entrevistadas envían a sus hijos a colegios privados de doble escolaridad, algunos de ellos bilingües (inglés), otros con inglés intensivo. Los colegios estatales sólo estuvieron presentes como posibilidad en dos casos, que por diversas cuestiones se descartaron. Mientras una lo desestimó porque la oferta de colegios estatales con doble escolaridad es menor y lejana a su zona de residencia, la otra lo hizo porque su hija, perfilando para la educación secundaria, no quiso cambiarse de colegio.

Pero que el peso de la supervisión de las actividades escolares de los hijos caiga en las mujeres a veces suele ser resistido incluso por ellas mismas. Poniendo en acto ciertos estereotipos de género culturalmente construidos, los padres no pueden supervisar las tareas escolares como las madres, porque ellos no *son* tan pendientes al detalle como sí lo *son* ellas. Aglaura, esta psicóloga madre de dos niños de seis y siete años, da clases los martes y jueves en un secundario para adultos, por lo que su horario allí es vespertino-nocturno. Su marido esos días se encarga de hacer la tarea con los niños. Cuando ella regresa de su trabajo, abre la mochila y controla porque como él *es* medio distraído y no tan pendiente a los detalles como Aglaura, algo se le puede haber escapado. A veces, esto genera discusiones en el matrimonio.

Recapitulando, en este apartado intentamos ver cómo ese consenso puede ser puesto en suspenso cuando chocan los intereses individuales de las mujeres y los varones. Estos choques pueden dar lugar a conflictos y discusiones, pero muchas veces siguen operando los mecanismos afectivos que Bourdieu (2011) caracterizó en el movimiento de la *fisión*: y ahí, alguien tiene que ceder. En el siguiente apartado nos concentramos en las situaciones en las que los hijos presentan intereses que suponen un límite a la toma de decisiones por parte de los padres, generando movimientos de fisión y conflicto.

› **Por amor a los hijos: la influencia de los niños en la reproducción social**

Los hijos también son actores determinantes en cuestiones específicas ligadas a la reproducción social. Cuando ya son más grandes y están próximos a ingresar a la escuela secundaria, sus propias voces repercuten en la decisión sobre dónde continuar sus estudios. Diomira hubiera preferido que su hija, en el último año de primario, cursara el secundario en el Colegio Nacional Buenos Aires, dependiente de la Universidad de

⁴ Como tal, *Halloween* no es una fiesta popular de Argentina. En los últimos años, y a medida que las clases más acomodadas se identificaron con el modelo norteamericano (Heredia, 2011), esta celebración se extendió en las clases medias-altas, deviniendo un claro indicador de pertenencia socioeconómica.

Buenos Aires. Pero en 2011, un año anterior a nuestro encuentro, cuando debería haberse inscripto para hacer el curso de preparación para el ingreso, su hija no quiso cambiarse de colegio, *era una decisión tomada de la que no salía*. Diomira no tenía *energías para insistir*, y dejó que su hija saliera con la suya.

Atender a lo que los hijos quieren está muy extendido entre estas mujeres. Cuando los menores expresan algún *capricho* los padres lo atribuyen a la situación económica relativamente acomodada. En este punto yace una gran diferencia con sus familias de origen, en las que ellas aprendieron a apreciar el valor de las cosas. Isidora, esta madre de tres niños de diez, siete y dos años, trata de educarlos del mismo modo en el que ella fue educada. Pero la diferencia radica en que ahora tienen muchas opciones de entretenimiento, con sus respectivos abanicos de marcas. Cuando ella era niña, si quería zapatillas, tenía dos opciones. Ahora tiene que luchar con el continuo *Mamá comprame, mamá quiero* de sus hijos. Se da así una especie de batalla cotidiana contra el consumismo y con que todo les sea fácil e inmediato.

Sin embargo, los *caprichos* no son solamente por una consola de videojuegos o una *tablet* último modelo. También los niños se encaprichan en cuestiones cotidianas como aquellas por la demarcación de límites. Aquí se abre entonces un desafío: cómo retar a sus hijos sin reproducir el modelo más autoritario en el que ellas fueron educadas. Emerge así el terreno de la constante negociación con los hijos para que hagan caso. Isidora nos cuenta que cuando ella y sus hermanos eran chicos y no querían comer algo, su madre los dejaba en la mesa hasta que se terminaran el plato. Con sus hijos esa estrategia no funciona, entonces debe ir pidiéndole que coman un poco más y luego podrán levantarse. Muchas veces, intentan demarcar los límites tratando de explicarles a sus hijos los motivos de tal reto o tal negativa. Lo que estas mujeres hacen constantemente es aquello que Beck y Beck-Gernsheim (2001) llaman la *pedagogización de la infancia*: todo se hace enseñándole al niño. En ese movimiento se intenta suspender la diferencia generacional, y son las madres las que deben hacer un gran trabajo maternal para garantizarles a sus hijos un buen desarrollo infantil (p. 184).

Debido a esa laxitud en los límites, ahora parecería que los niños son más desafiantes desde edades más tempranas. Para Fedora esto se relaciona con que las mujeres se convierten en madres pasados los treinta años, ya teniendo cierto desarrollo profesional, y por consiguiente, una forma de posicionarse ante la vida diferente a las madres de veinte años. Otra diferencia que reconocen con el modelo en el que fueron criadas es que cuando ellas eran chicas, sus madres y, sobre todo, sus padres solían ser menos cariñosos. Tal como sostienen Beck y Beck-Gernsheim: “cuantos menos hijos nacen, tanto más valioso se hace cada uno y más derechos se le conceden” (2001: 155). Como plantean los autores, la maternidad es vivida cada vez más a partir del sentido de responsabilidad; y esto se vislumbra cuando los hijos son involucrados como miembros activos en lo referido a la reproducción social de la clase.

Otra de las formas en que la clase es puesta en acto es en el tiempo de ocio. Y de allí que la decisión por dónde serán las vacaciones siempre tenga que contemplar la presencia de los niños. Fedora, por ejemplo, desde hacía dos años –o sea, desde el nacimiento de su hija más grande– descartó la playa como lugar de disfrute, ya que por la niña se debe estar muy pendiente del sol, de la carpa, de la sombrilla, entre tantas otras cosas. Ligado al esparcimiento, las salidas a cenar están estrechamente condicionadas por la presencia de los chicos. Los lugares de comida rápida como McDonald’s y otras variantes, así como restaurantes con peloteros suelen ser los sitios privilegiados a los que van todos juntos.

Así como las mujeres se adaptaban a los amigos del marido, también suelen comenzar a modificar el círculo de amistades cuando los niños ya comienzan su escolarización: ellas empiezan a entablar un vínculo amistoso con otras *mamás del colegio*⁵. Aglaura encuentra positivo comenzar a conocer a los padres de los amigos de sus hijos, ya que *son las personas con quienes ellos compartirán mucho tiempo*, y por eso le parece que lo mejor es tener buena onda.

Finalmente, la presencia de chicos dificulta la posibilidad de separación. Estas mujeres concuerdan en que cierta autonomía sobre la ruptura de la unión conyugal se ve cuestionada ante la presencia de niños: por ellos es necesario *aguantar y remarla* más. Valdrada considera que seguía unida a su cónyuge solamente por su hijo. El niño cambió sus prioridades maritales y personales, convirtiéndose en un obstáculo para romper una unión que no le estaba brindando satisfacciones.

⁵ Esta categoría nativa refiere a las madres de los compañeros del colegio de los hijos. Muchas veces es usada peyorativamente, sobre todo ahora que los grupos de WhatsApp de mamás del colegio se volvieron tan –insoportablemente– populares, como nos decían algunas de estas mujeres.

Los hijos también pueden implicar cierto límite al desarrollo individual de las mujeres, convirtiéndose así en alguien más con quien se tiene que negociar, discutir y a veces, resignar. Los conflictos con los maridos refieren más a cuestiones económicas, los hijos ofician como un condicionante de tiempo, espacios y modos de socialización, en que la reproducción social de la clase se materiliza.

Hasta ahora nos concentramos en aquellos momentos en que las decisiones se toman de manera conjunta, primando la lógica del consenso bajo la imagen de la *fusión*; y cuando se toman de manera individual, bajo el cariz de la rivalidad que da paso al conflicto y a la *fisión*. En el próximo apartado nos detendremos en otras situaciones, tanto familiares como personales, que respaldan la coexistencia entre los mecanismos de *fusión* y de *fisión*.

› ***El background de la fusión y de la fisión***⁶

Con respecto al consenso y la *fusión* familiar, tres cuestiones acerca de las carreras laborales femeninas contribuyen a que ellas perciben la centralidad de su ocupación en lo referente a la reproducción social de la clase. En primer lugar, el explícito apoyo que reciben de sus cónyuges para llevar adelante sus ocupaciones. La mayoría de los cónyuges maridos no oponen resistencia alguna a que las mujeres continúen trabajando, por el contrario, incluso se muestran de acuerdo y les hacen conocer su apoyo. Ese mismo apoyo se encontraba en la familia de origen, la cual incentivó a que las jóvenes mujeres ingresaran al mercado de trabajo. Estas mujeres no sintieron que el tener que comenzar a trabajar fuese un peso, sino que demostraron estar de acuerdo, sobre todo en situaciones en las cuales ellas comprendían que el presupuesto familiar se vería comprometido. Ellas leían la necesidad económica de su contribución al presupuesto familiar, o el dejar de ser un gasto para sus padres. Así, el trabajo femenino desde una edad temprana puede ser entendido en clave de reforzar esos objetivos compartidos que caracterizan la *fusión*.

Una segunda cuestión sobre el trabajo femenino se relaciona con el hecho de que estas mujeres hayan contado con carreras laborales ascendentes. La mayoría de las entrevistadas tuvieron trayectorias laborales *in crescendo* respecto de sus primeras ocupaciones. En cuanto a su trabajo, siempre tuvieron un objetivo claro: lograr reconocimiento profesional. Siguiendo a Cerrutti (2000; 2002), éste es uno de los mecanismos en que opera la educación en el trabajo para estas mujeres. Acerca de esta carrera laboral *in ascenso*⁷, algunas de estas mujeres llegaron a puestos importantes dentro de su lugar de trabajo. Una de ella es dueña de su propia empresa de turismo; otra es gerenta de ventas; otra alcanzó a ser jefa de un producto en una compañía multinacional con posibilidad de ascender mudándose a Suiza; otra alcanzó a ser pro-secretaria del tribunal fiscal de la Nación. Es decir, han alcanzado puestos jerárquicos y con reconocimiento profesional. Las dos primeras siguen en esas ocupaciones, las dos restantes cambiaron de ocupación: veían incompatible ese puesto con el ejercicio de la maternidad. Al pretender que la centralidad de su trayectoria laboral sea traspolada hacia el interior del hogar, intentan que su ocupación sea valorada tanto como la de sus cónyuges, y no devenga algo accesorio para el sostenimiento de la familia.

De manera similar opera el tercer aspecto, que es la apreciación personal que tienen de sus carreras laborales. Todas las mujeres consideraron a su propia inserción laboral como lo más importante, habiéndole dedicado la mayor cantidad de tiempo y energía, sintiéndose cómodas y a gusto, hasta el nacimiento de sus hijos. A su vez, estas ocupaciones estuvieron ligadas a la retribución económica, al reconocimiento profesional e, incluso, al crecimiento individual. El trabajo a lo largo de su vida no devino algo accesorio, sino, como afirma Lehner (2012), un aspecto fundamental. Éste no sólo responde a cuestiones netamente económicas, sino que tiene que ver con el placer y una forma de satisfacción en sus vidas. El sentirse útiles, demandadas e independientes genera satisfacción, y de algún modo, incentiva la permanencia en el ámbito

6 Este apartado es una síntesis de otro trabajo en el que se analizan en profundidad las trayectorias educativo-laborales de estas mujeres (Marentes, 2015).

7 Aunque no ha sido un tema abordado por las entrevistadas, cabría preguntarse cuál es el papel del capital social y de las redes de contactos con que cuentan las mujeres de dichos sectores para ingresar, permanecer y desarrollarse en esos puestos de trabajo.

laboral (Cerrutti, 2000; 2002). Así, el trabajo no es para estas mujeres alienante, sino, por el contrario, es liberador, apasionante y muy estimulante. La apreciación que tienen de sus trabajos para su familia actual se retroalimenta en que ambos cónyuges comparten la responsabilidad de proveedores del hogar, incluso cuando quien es beneficiario de un mayor ingreso es la mujer. El trabajo productivo de las mujeres es necesario para el sostenimiento de la familia y para gozar del estilo de vida deseable por ambos cónyuges, reforzando aún más la identificación que estas mujeres tienen con su trabajo. De la misma manera, esto robustece el hecho de que el trabajo productivo sea, como sostienen López y Findling (2012), un fenómeno naturalizado para estas mujeres.

No obstante estos factores de corte laboral y familiar que operan como incentivos en la identificación de estas mujeres con objetivos comunes de la familia, existen otras situaciones que llevan a concebir a la familia como un conjunto de individualidades. En primer término, los mayores ingresos que perciben ellos. En términos objetivos solamente una de estas mujeres gana más que el cónyuge, otras tres perciben ingresos iguales a los de sus parejas. Inversamente, el aporte de los esposos de las cinco restantes, supera significativamente al de ellas. A pesar de lo pequeño de nuestra muestra, estos datos son coincidentes con los aportados por Wainerman (2005): hacia 2001, poco menos del 15% de las mujeres con nivel educativo alto que vivía en hogares de dos proveedores, percibía ingresos mayores a los de sus cónyuges (p. 315). Esta situación implica, entonces, que el mayor salario del varón sea entendido como la base de sustento económico de la familia, posicionándolo a él como *jefe de hogar*.

En segundo lugar, la permanencia de ciertos patrones más tradicionales dentro del hogar con respecto a la distribución de tareas domésticas continúa reforzando el rol de varón proveedor–mujer ama de casa. Ellas se encargan de limpiar, cocinar, ordenar y supervisar a las empleadas domésticas. Por su parte, las mujeres inactivas a la par que cargan con todo poseen cierta autonomía sobre cómo manejar la casa y los maridos delegan todo lo relativo al hogar en ellas, deviniendo éste en su monopolio: si ellos participan, deben consultarlo. Lo propio sucede entre las mujeres ocupadas: ellas se encargan de verificar si a los niños les falta algo para el colegio y si hay que comprarles ropa. Mayormente, a su vez, aquellos gastos destinados para los hijos son afrontados por las mujeres, como si fuese *su* responsabilidad. Por lo general, los ingresos aportados por la mujer son destinados principalmente a los gastos concernientes a cuestiones *menores*, incluyendo el salario de la empleada doméstica y el pago de guardería, mientras que el dinero percibido por el cónyuge suele destinarse a gastos *mayores* como ahorro, la compra de un vehículo, arreglos para la casa, etc. Así, se sigue percibiendo como responsabilidad exclusiva de ellas el cuidado de la casa: la empleada doméstica viene a ser *su* reemplazo en el hogar. Esto es respaldado por las acciones tanto de los maridos, que *colaboran* apenas con las cuestiones domésticas, como por las de ellas, al tener la obligación de pagar a la empleada doméstica para que las cubra en los momentos en que están ausentes. La tradicional distribución de tareas y gastos en los hogares, que exime a los varones del trabajo doméstico y lo posiciona como la voz autorizada sobre los gastos más importante, coadyuva a reforzar aún más la imagen de varón (como principal) proveedor.

El tercer aspecto, radica en *las formas de ser* de unas y otros. Esta es la explicación que retraduce en el interior de los hogares patrones de género tradicionales. Así, los maridos son desligados de las responsabilidades domésticas por ser más *distráidos*, por ejemplo en darse cuenta si algo les sucede a los niños: los esposos tienen una personalidad, una forma de ser *menos atenta* a estas cuestiones. Que las mujeres se ocupen de los gastos *menores* (y de los gastos relacionados con los *menores*) se debe básicamente a que sus ingresos son menores que los de sus maridos. Sin embargo, en los casos donde el aporte de la mujer es similar o mayor al del marido, éste se utiliza indistintamente para todos los gastos. A su vez, cuando cada uno de los cónyuges decide realizar algún gasto para sí, éste no es consultado al otro. Podemos ver cierta autonomía de las mujeres con respecto al uso del dinero en los casos en que los ingresos son similares. Este uso arbitrario, empero, a veces genera conflictos dado que mayormente las mujeres se compran ropa, cosa que no es del todo aprobada por los maridos. El eje de la tensión se centra en las distintas *formas de ser* del hombre y de la mujer: mientras esta última *debe* respetar ciertos cánones, como lucir siempre bien pero no repitiendo los modelos, el hombre *es* más sencillo, puede vestir siempre igual. Ellos, entonces, se convierten en lo suficientemente capaces para ahorrar y elaborar el presupuesto familiar, mientras que ellas son las encargadas de gastar.

De este modo, podríamos afirmar que las experiencias laborales de las mujeres tienden a favorecer la *fusión* anclada en el consenso, mientras que las prácticas de la vida cotidiana doméstica se ligan más a la *fisión* y el conflicto.

› **A modo de cierre**

A lo largo del trabajo hemos visto que, entre los sectores medio-altos, la relación mujer-familia-reproducción social permite dar cuenta de ciertas tensiones. El ideal de familia como conjunto de sujetos desinteresados que actúan en pos del colectivo basado en relaciones consensuales, colisiona con una familia compuesta por individuos en las que imperan los conflictos. Consideramos que esto permite ilustrar la heterogeneidad de experiencias cotidianas dentro de los hogares en los cuales los vínculos pueden ir desde la “alianza” hasta la “rivalidad”.

Si miramos en términos diacrónicos, estas mujeres señalan una gran diferencia sobre el lugar que ocupan ellas con respecto al de sus madres en sus respectivos matrimonios. Así, las mujeres alcanzaron un papel protagónico en la reproducción social de la clase, mientras sus madres tuvieron un rol de reparto. Si bien esto puede deberse a una multiplicidad de factores, dos fundamentales se desprenden de nuestro trabajo de campo. El primero se relaciona con un ascenso social con respecto a la familia de origen: estas mujeres conformaron familias que están igual o mejor posicionadas, socioeconómicamente, respecto de la situación en la que se encontraban sus padres. El segundo radica en la creciente naturalización del trabajo extradoméstico en las mujeres en general, pero sobre todo en aquellas con mayores capitales educativos⁸. Los hijos también participan en la toma de decisiones como miembros activos de las familias, contribuyendo a la reproducción de la clase social. Finalmente, si bien los varones cónyuges no cambiaron su performance respecto al reparto de tareas dentro del hogar, se vislumbra cierto interés en incorporar la voz femenina a los asuntos familiares que afectan a la reproducción social de la clase.

Por lo tanto, consideramos que la fusión y la fisión no deben entenderse como formas antitéticas de vivir en familia, sino dos momentos de un movimiento pendular. Algunas situaciones ayudan a que el péndulo se incline más del lado del primero generando consenso, mientras que otras refuerzan los conflictos del segundo. Con todo, esa tensión constitutiva de vivir en familia queda en evidencia a la hora de tomar decisiones que afectan a la reproducción social de la clase.

⁸ Sobre este punto, veáse Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2005; 2013).

Bibliografía

- Ábramo, L. (2004). ¿Inserción laboral de las mujeres en América Latina: una fuerza de trabajo secundaria? *Estudios feministas*, 12(2), 224-235.
- Bataille, G. (1987). *La parte maldita*. Barcelona: Icaria.
- Beccaria, L. (2002). Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX. En L. Beccaria et al., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90* (pp. 27-54). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento/Biblos.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Benería, L. y Roldán, M. (1987). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo femenino, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México/ Fondo de Cultura Económica.
- Benza, G. y Heredia, M. (diciembre, 2012). La desigualdad desde arriba: ejercicio de reconstrucción de las posiciones sociales más altas en Buenos Aires. En *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bowman, D. (diciembre, 2007). Deals and choices: gender, business, and family. En *TASA & SAANZ Joint Conference 2007*. S/D: Auckland.
- Cerrutti, M. (2000). Determinantes de la participación intermitente de las mujeres en el mercado de trabajo en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Desarrollo Económico*, 39(156), 619-638.
- Cerrutti, M. (2002). Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires. En C. Wainerman (Comp.), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* (pp. 19-54). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica–UNICEF.
- Collins, R. (2005). *Interaction ritual chains*, Princeton: Princeton University Press.
- Dalle, P. (2010). Estratificación social y movilidad en Argentina (1870-2010). Huellas de su conformación socio-histórica y significados de los cambios reciente. *Revista de Trabajo*, 8(0), 59-82.
- Germani, G. (1955/1987). *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Gómez Rojas, G. (2007). ¿Cómo se constituyen las parejas? Entre las diversas formas del amor y los límites de la clase social. *Revista Científica de UCES*, 11(2), 68-75.
- Heredia, M. (2011). Ricos estructurales y nuevos ricos en Buenos Aires: primeras pistas sobre la producción y la recomposición de las clases altas. *Estudios Sociológicos*, 29(85), 61-97.
- Heredia, M. (2013). Notables, dueños, patrones y ricos: sobre los desafíos teórico-metodológicos de delimitar a las clases altas en la Argentina actual. *Revista Argentina de Sociología*, 9-10(0)43-62.
- Hochschild, A. (1990). *The second shift*. New York: Avon Books.

- Hochschild, A. (2001). *The time bind. When work becomes home and home becomes work*. New York: Holt Paperback.
- Jelin, E. (2010). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jorrat, J. (2000). *Estratificación social y movilidad. Un estudio del área metropolitana de Buenos Aires*. Tucumán: Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Lehner, M.P. (2012). La valoración del trabajo. En E. López y L. Findling (Coord.), *Maternidades, paternidades, trabajo y salud: ¿transformaciones o retoques?* (pp. 53-67). Buenos Aires: Biblos.
- López, E., Findling, L., Ponce, M., Lehner, M.P., Venturiello, M.P., Mario, S. y Champalbert, L. (2011). Mujeres en tensión: la difícil tarea de conciliar familia y trabajo. *Población de Buenos Aires*, 8(13), 7-25.
- López, E. y Findling, E. (Coord.) (2012): *Maternidades, paternidades, trabajo y salud: ¿transformaciones o retoques?* Buenos Aires: Biblos.
- Marentes, M. (octubre, 2015). «¿Por qué habría de no trabajar?». Reflexiones sobre la naturalización del trabajo extradoméstico en mujeres de clase media-alta. En *II Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales*. Universidad Nacional de San Martín, San Martín.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. *Diagnóstico sobre la Situación Laboral de las Mujeres*. Segundo Trimestre de 2005.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. (2013). *Boletín de estadísticas de género y mercado de trabajo*.
- Mosedale, S. (2005). Policy arena. Assessing women's empowerment: towards a conceptual framework. *Journal of International Development*, 0(17), 243-257.
- Torrado, S. (1992). *Estructura social de la Argentina, 1945-1983*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Wainerman, C. (2000). División del trabajo en familia de dos proveedores. Relato de ambos géneros y dos generaciones. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 0(43), 149-184.
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.